

EL TRIANGULO EUROATLANTICO

— Por James O. Goldsborough —

Economista y periodista, ha realizado una amplia labor en varios periódicos estadounidenses. Es miembro directivo de la Fundación Carnegie para la Paz Internacional y del Consejo para las Relaciones Exteriores, de Nueva York. Es autor de numerosas publicaciones.



Europa Occidental ha desarrollado un concepto de la *détente* distinto al que prevalece en Estados Unidos y, en conjunto, más realista. Stanley Hoffmann escribió que las sucesivas administraciones americanas sobrevaloraron la *détente*. Esta sobrevaloración fue consecuencia, en mi opinión, de que las administraciones Nixon, Ford y Carter convencieron al público y al Congreso de que habíamos forjado nuevos instrumentos para influenciar no sólo el comportamiento bilateral de la Unión Soviética para con Estados Unidos, sino también su conducta interna y estratégica. Se esperaba que la *détente* diera lugar a nuevas actitudes dentro de la Unión Soviética hacia la disidencia política y hacia la emigración. Desde el punto de vista estratégico, se suponía que limitaría futuras aventuras regionales, que pudieran aumentar las tensiones mundiales. Otro de los resultados estratégicos de la *détente* había de ser el control de los armamentos, especialmente por medio de las negociaciones SALT.

El concepto europeo de la *détente* era notablemente distinto. En general, los europeos creen que el proceso de

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa. ►

Helsinki es aplicable a Europa. En particular, los alemanes occidentales, para quienes la *détente* ha significado la firma de tratados con sus vecinos orientales y el reconocimiento soviético de ciertos derechos alemanes básicos, siguen juzgando el proceso por la forma en que los rusos cumplen sus tratados con ellos. Por su parte el entonces ministro francés de asuntos exteriores François Poncet, al señalar el alcance mundial que los americanos conceden al concepto de *détente*, afirmaba que para los europeos era diferente: «Para nosotros, la *détente* estaba destinada a curar la herida de la segunda guerra mundial y a reconstituir los tejidos de Europa desgarrada en un sentido casi biológico».

Esta no es una diferencia ordinaria de puntos de vista. El fundamento mismo de la Alianza era la uniformidad de enfoques con respecto a la Unión Soviética y a la amenaza que supone para la paz mundial. La crisis de Afganistán ha servido también para poner de relieve la emergencia de un nuevo triángulo en las relaciones internacionales. Junto al triángulo estratégico (U.S.A., U.R.S.S. y China) y el triángulo económico (U.S.A., Europa y Japón), presenciamos la aparición de un triángulo euro-atlántico (U.S.A., U.R.S.S. y Europa). La presencia de esta tercera dimensión, en lo que era una relación Este-Oeste bidimensional, es la causa principal de la situación penosa por la que pasa la Alianza.

Afganistán no fue la causa de las dificultades, pero, como sucede en el revelado fotográfico, hizo visible la imagen latente. Los americanos y los europeos se dan cuenta desde hace una década de que las antiguas relaciones atlánticas están cambiando, pero no están seguros de lo que surgirá en su lugar. Antes de la crisis de Afganistán, durante la

En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del européismo*, por Antonio Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común*, por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea*, por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea*, por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa*, por Javier Rupérez, Embajador jefe de la Delegación Española en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; y *La defensa y la seguridad europeas*, por Fernando Morán, Diplomático y escritor.

época dorada de la *détente*, las relaciones entre América y Rusia, por un lado, y las relaciones entre Europa y Rusia, por otro, parecían progresar más o menos simétricamente. La *détente* quizá adoptó diferentes formas en Europa y América, pero en esencia se trataba de lo mismo. Hoy nos damos cuenta de lo diferente que era en realidad. En el caso de Europa, comenzó a perfilarse una relación orgánica Este-Oeste, en lo político y lo económico, acompañada sin duda de dudas y sospechas por ambas partes, pero real al fin y al cabo. Hoy oímos argumentar que los europeos, especialmente Alemania occidental, fueron demasiado lejos en su esfuerzo por tender puentes hacia el Este y crearon una dependencia que, en ciertos aspectos, empezó a adquirir un carácter estratégico. Los soviéticos, por su parte, deben haberse preguntado ocasionalmente hasta qué punto podían dejar que los países extranjeros penetraran en los círculos hasta entonces cerrados de la Europa del Este, sin correr el riesgo de que se produjeran acontecimientos revolucionarios como los que ha presenciado Polonia recientemente.

Para Estados Unidos, la *détente* nunca fue muy digna de confianza. Nunca hemos tenido mucha simpatía ni admiración al régimen y probablemente nunca se la tendremos. Como ha escrito el soviólogo Dimitri Simes, en Estados Unidos no goza de mucha popularidad el concepto de la mejora de las relaciones con Moscú, tan expandido en Europa. En 1976, Ronald Reagan obligó a Gerald Ford a abandonar la palabra misma «*détente*». Jimmy Carter no se paró en barras y dio a entender claramente que cuando fuera presidente se acabaría toda esta camaradería con los soviéticos, nuestros adversarios. Carter dio prioridad a nuestros amigos europeos y japoneses sin comprender que nuestras relaciones con ellos empeorarían en el mismo grado en que empeorarán nuestras relaciones con la Unión Soviética. Ronald Reagan tampoco comprendió esto.

Si tuviéramos que determinar el principio de las tensiones en las relaciones americano-soviéticas, la fecha sería principios de 1977. Los políticos europeos comentaban en aquellos días el cambio de actitud de Alemania occidental con respecto a Washington. Ni los franceses ni los alemanes se sintieron demasiado entusiasmados por la toma de posición pública de la administración Carter, con

respecto a los derechos humanos, que la enfrentó a Moscú. Para ellos, este paso fue más propio de aficionados que de «profesionales». El fracaso de la misión Vance a Moscú, la cancelación del proyecto de la bomba de neutrones y el fracaso de la misión Blumenthal a Bonn vinieron a aumentar los recelos de los alemanes respecto a la política de Carter, tanto en las relaciones con el Este como en otros asuntos. Bonn adoptó la actitud que adopta tradicionalmente cuando las cosas no van bien con Washington. Recurrió a París. El año de 1977 marcó el auténtico principio del diunvirato europeo Giscard-Schmidt. Pocos alemanes consideran París como un sustituto viable para Washington, pero no es ésta la cuestión. Para Bonn existe a largo plazo una opción europea occidental, como hay una opción europea oriental. Schmidt no es Erhard y la diplomacia alemana actual ya no es tan simple como era. Sólo el que ignore los acontecimientos políticos de la década pasada puede admirarse de la versatilidad diplomática de Bonn en 1980.

Es precisamente la complejidad de la diplomacia alemana lo que promete hacer el triángulo euro-atlántico más complicado que los otros dos. Mientras que los dos primeros pueden definirse como triángulos aproximadamente isósceles, resulta muy difícil imaginar la forma del tercero. Teniendo en cuenta que la Alianza sigue siendo la piedra de toque de la política occidental, el lado euro-americano del triángulo tendría que ser mayor que los otros dos. Lo que no sabemos es con cuánta rapidez cambian los ángulos ni en qué dirección se expande el compromiso mutuo entre Europa occidental y oriental. ¿Cuál es el futuro de una alianza anti-soviética (porque eso y no otra cosa es la OTAN) si los europeos dejan de ser anti-soviéticos? Los europeos piensan, seguramente con razón, que la Unión Soviética no es una amenaza hoy en día para Europa occidental y que los asuntos europeos quedaron razonablemente organizados en Helsinki. Esto les da un cierto margen de maniobra. Pero, así y todo, tienen que llevar cuidado. Saben que, en la medida en que sigan una política independiente hacia Moscú, puede estropearse la armonía de la Alianza. Esto quiere decir que tendrían que compensar por su propia cuenta las disminuciones de los

márgenes de seguridad. De ahí la renovación de las conversaciones sobre cooperación defensiva europea.

En mitad de esta discordia atlántica, en un acto de desafío político, la Alianza consiguió en 1979 realizar con éxito un intento de solidaridad atlántica, pero incluso esto resulta ser una ilusión. Después de arduas negociaciones, la OTAN acordó producir y desarrollar misiles nucleares tácticos americanos que habrán de tener base en Europa y cuyos objetivos, en caso de necesidad, estarían situados dentro de la Unión Soviética. Este acuerdo de la OTAN, inspirado por americanos y alemanes, nació principalmente de la convicción del canciller Schmidt de que los tratados SALT II, que limitan el número de misiles estratégicos soviéticos y americanos, habían dejado Europa vulnerable a los misiles nucleares tácticos soviéticos. La decisión de la OTAN parecía incongruente, viniendo como venía en mitad de una evidente crisis de confianza en las relaciones atlánticas. Si Europa quería seguir su propio camino en sus relaciones con la Unión Soviética y encontraba a los americanos «incalculables» (en palabras de Schmidt) y «epilépticos» (en palabras de Theo Sommer), ¿para qué quería misiles americanos, manejados por americanos y operando desde el territorio europeo?

Si los europeos hubieran estado de acuerdo en desplazar las responsabilidades de la Alianza fuera de Europa, esto quizá hubiera compensado nuestras diferencias en territorio europeo. Esta no ha sido la primera administración americana que ha intentado persuadir a los aliados para que ayuden a Estados Unidos fuera de Europa, pero no tuvo más éxito que las anteriores. Durante la reunión en la cumbre que se celebró en Venecia en 1980, el presidente Carter criticó a los europeos por pensar que Europa podría mantenerse como una «isla de *détente*» rodeada de las agresiones que se producen en las demás zonas del mundo. Sólo seis semanas después de la crisis de Afganistán, la administración Carter había enviado a un subsecretario de defensa a Europa para solicitar «medidas conjuntas político-económicas y ayuda militar» fuera de la zona europea. Pero la realidad era que, fuera de Europa, nuestros intereses estaban en competencia más que en colaboración. No estábamos más de acuerdo en la política de Oriente Medio,

Africa o China que en los medios para contrarrestar los avances soviéticos en el Tercer Mundo. Es más, teníamos diferentes actitudes en cuestiones de sanciones comerciales, política económica y monetaria, proliferación nuclear y problemas energéticos. De hecho, había pocas cosas en las que estuviéramos de acuerdo, excepto el compromiso común de defender Europa de un posible ataque soviético.

Entre 1950 y 1970, la ventaja de las fuerzas americanas sobre las europeas fue suficiente para mantener Europa a raya. Nuestra capacidad disuasoria estratégica era la clave de esta relación, pero además teníamos otras ventajas. La fuerza del dólar, nuestro control sobre la inflación, la superioridad en producción, en tecnología y en capacidad de gestión eran todos factores de nuestra posición dominante. Como lo eran también nuestra capacidad de liderazgo y nuestra diplomacia. Con excepción de la francesa, no había ninguna diplomacia europea independiente de peso. Hasta mediados de la década 1960-70, los alemanes occidentales estuvieron condicionados por la doctrina Hallstein, que excluía las relaciones normales con Europa oriental. En cuanto a la occidental, se encontraba dividida y débil, minada por la negativa de De Gaulle a admitir a Gran Bretaña en la Comunidad y por los enfrentamientos con los demás países originados por el veto de aquél. Europa en aquellos días era, en lo económico, un mercado común. Y no era mucho más.

La década 1970-80 marcó una transición en toda Europa, oriental y occidental. Los soviéticos alcanzaron una situación de equilibrio de fuerzas estratégicas y, lo que es más importante, demostraron estar dispuestos a buscar la *détente* con occidente. Se llevaron a cabo con éxito una serie de negociaciones entre el Este y el Oeste. Para los europeos de ambos lados, estas negociaciones consiguieron justamente lo que se proponían: mejorar la seguridad y la cooperación en Europa. La nueva situación ha facilitado enormemente los intercambios, tanto económicos como políticos.

Durante la década pasada, las relaciones atlánticas se vieron afectadas por otros factores. El dólar, libre desde 1971 de su paridad con el oro, fue perdiendo valor gradualmente, contribuyendo a que los europeos se unieran más, en un esfuerzo por crear lo que llamaron una «zona

europea de estabilidad monetaria». La creciente dependencia de los Estados Unidos de las importaciones de petróleo (que pasaron del 24 por 100 al 47 por 100 del consumo total en 1979) debilitó aún más el dólar, lo que a su vez dio lugar a nuevas subidas de los crudos. Europa dependía aún más que Estados Unidos del petróleo importado, pero había comenzado a reducir esa dependencia en 1974. Esto hizo que los europeos se sintieran víctimas de un ciclo de devaluaciones del dólar y consiguientes aumentos de precio del petróleo sobre el que no tenían control alguno. Algunos países europeos, Francia en particular, iniciaron una transformación decidida hacia la energía nuclear y se encontraron con que tampoco esa política contaba con la aprobación americana. Otro de los acontecimientos notables de la década fue la adhesión de Gran Bretaña a la CEE, que acababa con cualquier posible pretensión a una «relación especial» con los Estados Unidos. Los países europeos iniciaron nuevas políticas energética e internacional en estos años. Dedicaron sus energías a un nuevo «triángulo» con los países árabes y africanos, en un intento de aumentar la influencia europea sobre el continente a propósito del que Lenin dijo en cierta ocasión: «El que tiene Africa tiene Europa».

Sólo un presidente seguro de sí mismo y con una comprensión clara y firme de los asuntos internacionales hubiera podido mantenerse en su sitio en arenas tan movedizas. En 1976, el canciller Schmidt, comprendiendo los problemas y dándose cuenta de que el enfoque del entonces candidato Carter sólo podía producir inconvenientes, adoptó una postura espectacular al declarar públicamente su apoyo al presidente Ford en aquellas elecciones. A pesar de ello y a pesar de las crecientes tensiones atlánticas, pocos podían prever el giro dramático que habían de dar los acontecimientos a raíz de la victoria de Carter en las elecciones. Los europeos se sentían anonadados por la total incomprensión de su política que demostraba la administración de Carter. La cancelación de la bomba de neutrones puede parecer ahora un asunto sin importancia, pero cualquiera que conozca los asuntos europeos sabe lo mal que lo tomaron los alemanes. El tratamiento que Carter, erigido en ingeniero nuclear, aplicó a los europeos, suspendiendo el suministro de uranio

enriquecido para obligarles a seguir su política de no proliferación, ignoraba olímpicamente la importancia de la energía nuclear para el viejo continente. Los franceses la producen y los alemanes e ingleses fabrican centrales nucleares para la exportación.

Por si todo ello no fuera suficiente, el presidente Carter envió un mensaje al canciller Schmidt a principios de 1978, que fue casi letal para las relaciones entre los dos países. En él, le decía que Alemania debía iniciar un proceso de «reflación» de su economía para sacar a occidente de la inflación irreversible en que se hallaba sumergido. Schmidt no sólo se negó a ello sino que replicó que esta medida se había aplicado prematuramente en Estados Unidos. La réplica americana consistió en amenazar con que, si Bonn no cooperaba, Washington adoptaría una política de «negligencia agresiva» hacia el dólar y permitiría que bajara aún más en los mercados monetarios. Este era un problema clave para los alemanes que pensaban que el mantenimiento del dólar era tanto responsabilidad americana como europea y que, para conseguir este fin, Estados Unidos debía intervenir en los mercados, si era necesario. Este desacuerdo no dilucidado fue causa directa de la convocatoria de Schmidt en abril de 1978 para la creación de una zona monetaria europea. Al mismo tiempo inició conversaciones con Giscard d'Estaing que darían lugar al año siguiente al Sistema Monetario Europeo cuya finalidad era proteger a Europa, en lo posible, de los efectos de la política económica y monetaria americana, la misma que había sido origen en las dos décadas precedentes de la recuperación y la prosperidad europeas.

Las posibilidades que pudiera tener Estados Unidos de mantener su hegemonía sobre Europa occidental hasta el siglo próximo desaparecieron completamente durante la agitada década anterior. La prueba de ello la tenemos en Afganistán. El que nos guste o no lo que ha pasado no tiene nada que ver. La relación estratégica (lo que el canciller Schmidt ha llamado la relación de «cartas boca arriba») sigue teniendo validez, pero muchas de nuestras diferencias actuales con Europa son insalvables. Sería más provechoso para ambas partes integrantes de la Alianza Atlántica reconocer este hecho y dedicarse a la tarea de adaptarse a las diferencias, en lugar de intentar eliminarlas.

Esta situación ha sido producida por la profunda transformación sufrida en el orden mundial a lo largo de la década pasada, lo que Stanley Hoffmann ha llamado «cambio radical de la naturaleza de los poderes públicos», que se han hecho más difusos y más diversificados. El «dominio conjunto» de las superpotencias, que tanto fascinaba al mundo durante las dos décadas precedentes, perdió su impacto en la de los años setenta. El Tercer Mundo ya no tenía que elegir entre los bloques americano y soviético: ahora podía rechazar ambos. Fue en parte el reconocimiento de este fenómeno de rechazo por parte de los países no alineados lo que sensibilizó a los europeos con respecto a su imagen fuera de Europa. Durante la década pasada aparecieron nuevos estados, nuevas regiones y nuevas relaciones entre los antiguos estados. Dentro de este desconcierto general, Europa occidental, que durante veinticinco años se había sentido arrastrada en una sola dirección, hacia el oeste, se encontraba ahora solicitada también en diversas otras direcciones: hacia el este, hacia el sur y hacia dentro.

Y no olvidemos que la hegemonía de la Unión Soviética sobre Europa oriental también se vio erosionada a lo largo de la década. Este hecho estaba implícito en la naturaleza misma de la *détente* en Europa y ésta es una de las razones por las que los europeos, tanto orientales como occidentales, la buscaron con tanto ahínco. Hoy en día, Moscú no podría repetir acontecimientos como los de Praga en 1968, sin sacrificar todo lo conseguido con su política europea en los últimos diez años.

Esto no implica necesariamente un giro negativo para Estados Unidos, excepto en lo que respecta a los enemigos declarados de los cambios, que creen que la única estructura que se puede mantener en Europa es la división en dos bandos hostiles, bajo la vigilancia de las superpotencias. Los que echan la culpa de la evolución europea a un supuesto «ocaso» del poderío americano confunden causa y efecto. Es natural que los países que partieron de cero después de la Segunda Guerra Mundial hayan progresado más rápidamente que los que ya tenían algo adelantado, especialmente si tenemos en cuenta toda la ayuda americana que recibieron los primeros. Hoy iría en beneficio de todo el que estos estados se desarrollaran más por sí solos. Durante la campaña presidencial americana se ha

dicho que las diferencias en el seno de la Alianza eran debidas a la debilidad americana; que un presidente enérgico pondría a los europeos en su sitio a las primeras de cambio. Pero esto es sobrevalorar nuestro poder de convocatoria. Las diferencias actuales entre Estados Unidos y Europa occidental nacen de distintas percepciones, intereses, necesidades y papeles. No hay por qué avergonzarse de ellas.

Del mismo modo que es un error asociar este proceso con el declive americano, también lo es pensar que nace de la influencia soviética o del deseo de Europa de «auto-finlandizarse», por utilizar la terminología personal del Sr. Brzezinski. Los hechos nos demuestran que ni el marxismo ni la Unión Soviética están en ascenso ahora mismo. Asia, Africa, América Latina, Oriente Medio e incluso quizá China rechazan hoy en día el marxismo. En cuanto a la Unión Soviética, sólo tiene en la actualidad una base única para su poderío, que es la militar; y esta base, en palabras del Instituto de Estudios Estratégicos, «presenta un siniestro contraste con los crecientes problemas de la economía soviética». Uno se siente tentado de preguntarse si no estarán ambos factores en proporción directa uno con otro. La responsabilidad fundamental de occidente, y creo que en esto todos estamos de acuerdo, es mantener en el ánimo de la Unión Soviética el convencimiento de que el uso de la fuerza militar no le reportaría ningún beneficio y, por lo tanto, lo que más le conviene es reducirla. En este punto no tenemos vacilaciones: el informe del IISS nos dice que la OTAN invirtió 180.000 millones de dólares, en defensa, en 1978, mientras que el Pacto de Varsovia invirtió solamente 160.000 millones de dólares en el mismo período. De esta última cifra mencionada, 145.000 millones corresponden a la Unión Soviética, y un tercio de ello, aproximadamente, al presupuesto para seguridad en Asia. Como vemos, la OTAN no se desenvuelve tan mal como algunos piensan.

Ahora bien, consideremos no los aspectos negativos de la pérdida de la hegemonía americana sobre Europa, sino los favorables. Tenemos la impresión de que este punto no recibe suficiente atención en la política americana. Aún se da por supuesto, por ejemplo, que lo que puede obligar a los europeos a contribuir en mayor medida a su propia

defensa es una mayor dependencia de Estados Unidos y no una mayor autonomía, lo cual es falso, sin duda alguna. Los americanos tenemos una tendencia innata, vestigio de tiempos mejores, a oponernos a los esquemas europeos precisamente porque son europeos y no atlánticos. Requiere un auténtico esfuerzo por nuestra parte aceptar que Europa tenga derecho a intervenir en los asuntos mundiales por sí sola, sin nosotros. Este enfoque de las cosas ha inducido a los europeos a creer que nunca hemos apoyado en realidad la unidad europea; que la hemos aprobado verbalmente pero, al mismo tiempo, hemos actuado como si estuviéramos en contra de ella.

Pero no es difícil explicar esta discrepancia entre dicho y hecho. La Europa de hoy no es la que los americanos querían. Nosotros la concebíamos como una federación amistosa, estable, democrática y dependiente, con una benévola administración centrada en Bruselas, encargada de velar porque todo estuviera tranquilo en Europa y de apoyarnos en el resto del mundo. En lugar de ello, nos encontramos ahora con un grupo agresivo de naciones/estado capitalistas, de tendencias ligeramente imperialistas, que se unen para formar frentes políticos y económicos, compiten con nosotros en el Primer Mundo, nos obstaculizan en el Segundo (el de los países comunistas) y tratan de arrebatararnos el liderazgo en el Tercero. Como la política americana nunca podría oponerse públicamente al concepto de unidad europea, nos limitamos a hacer lo que podemos para limitarla, abiertamente o a escondidas. Desgraciadamente para sus antagonistas, es demasiado tarde para impedirla. Aunque no nos guste la nueva Europa, es la única que tenemos. Lo que necesitamos ahora es una nueva política para tratar con ella.

Esta nueva política deberá basarse en el hecho demostrado de que la Comunidad Europea aumenta rápidamente su poderío económico y político. En 1979, por vez primera, el producto nacional bruto de la Comunidad excedió del nuestro: 2,37 contra 2,34 billones de dólares. (Cifras de la OCDE; no está de más recordar que esto se debió en gran medida a la «negligencia agresiva» de que fue objeto el dólar). El poderío económico no lleva aparejado necesariamente el militar o el político, pero contribuye mucho. La transformación de la Comunidad de

una potencia económica en una política comenzó durante la década pasada y se basó en alto grado en las relaciones franco-alemanas. El tercer estadio del proceso de desarrollo comunitario europeo (desde la cooperación económica y política) había de ser la cooperación defensiva, pero ésta presenta una serie de problemas conocidos de todos y las negociaciones europeas sobre este tema no han pasado hasta ahora de meras introducciones. Pero al menos podemos decir que el tema está sobre el tapete de nuevo, después de más de diez años de olvido.

Existe en Estados Unidos una cierta tendencia a prestar atención exclusiva a las dificultades internas de la Comunidad y a olvidarnos de sus progresos. El resultado de ello es que las actitudes europeas nos cogen muchas veces por sorpresa, cuando con un análisis detallado hubiéramos podido predecir lo que iba a pasar. Si comparamos el estado de la Comunidad en 1980 a lo que era una década atrás, constataremos unos progresos asombrosos. En el espacio de diez años fueron admitidas como miembros Gran Bretaña, Irlanda y Dinamarca, el Consejo europeo quedó constituido como primer organismo ejecutivo de la Comunidad, se instituyeron las elecciones para el Parlamento europeo, lo que da legitimidad a la Comunidad, se definió la tendencia a unificar posturas en política internacional y se reanudaron los debates sobre defensa. La convención de Lomé, confirmada con 45 países en vías de desarrollo, proporciona ayuda a sus exportaciones y las libera de tarifas aduaneras. El Sistema Monetario Europeo ha quedado definitivamente establecido y Grecia se ha convertido en el décimo miembro de la CEE.

El Sistema Monetario Europeo nos da un ejemplo de cómo la política europea, nacida de la necesidad de conseguir la autonomía de Estados Unidos, puede redundar en nuestro beneficio. Cuando Schmidt definió el plan, por primera vez, en 1978, la actitud de Estados Unidos fue calificada de neutral. Ahora bien, en los círculos internos del Departamento del Tesoro y desde luego en los del Fondo Monetario Internacional, la creación del SME fue vista con hostilidad. La opinión prevalente era que la política intervencionista que Europa adoptaría para mantener sus monedas dentro de los límites del SME aumentaría las presiones sobre el dólar. También se pensó que el

ecu, la nueva unidad contable, ejercería igualmente presión sobre el dólar, una vez que se convirtiera en instrumento de intercambios comerciales. En los círculos del FMI se temía que el *ecu* pudiera contribuir algún día a la regionalización de las zonas monetarias y a la multiplicación de las monedas de reserva, reduciendo así la posibilidad de que los derechos especiales de giro (la unidad del FMI) sustituyan algún día al dólar como unidad monetaria internacional de reserva básica, si no única.

El SME es un ejemplo de toma de posición que Europa hubiera preferido evitar pero no pudo, a causa de los acontecimientos de la década anterior. Sobre la política americana ha ejercido, al menos en una ocasión, una influencia positiva. La negativa europea en 1978 a absorber más dólares y contribuir así a su propia inflación fue causa directa de la decisión tomada por la Administración americana en noviembre de aquel año de adoptar una serie de medidas drásticas encaminadas a salvar al dólar, que *Business Week* calificó de «momento decisivo en las relaciones económicas de Estados Unidos con el resto del mundo». En palabras de dicho semanario, fue «el reconocimiento de que el bienestar económico de Estados Unidos depende ahora de la forma en que el país se desenvuelva en el concierto internacional». O dicho en pocas palabras, el SME nos obligó a tomar medidas en nuestro propio interés que, de otra forma, quizá no hubiéramos tomado.

Existen también otros ejemplos de intervenciones europeas que, a pesar de responder a posturas opuestas a las nuestras, nos han sido beneficiosas. ¿Por qué decidió la administración americana castigar a los europeos por no estar de acuerdo con nosotros en política nuclear? Durante gran parte del año 1977 estuvieron suspendidos los envíos de uranio enriquecido a Europa, como parte del plan para obligarla a aceptar los puntos de vista americanos sobre proliferación nuclear. Esto permitió a la Unión Soviética convertirse en el mayor abastecedor de uranio enriquecido de Francia y Alemania occidental; y además no consiguió retardar el desarrollo de la energía nuclear en Europa ni desalentarla en su intento de convertirse en importante exportador de centrales nucleares. ¿Acaso no va en beneficio nuestro el que Europa desarrolle su tecnología nuclear y reduzca su dependencia del petróleo? En marzo

pasado la energía nuclear aportó el 20 por 100 del consumo total en Francia, lo que constituye un récord internacional.

En cuanto a política extranjera, las cosas quizá se simplificaran si Europa se colocara de nuevo a nuestro lado, pero no es probable que esto suceda. Como dijo el presidente Carter de las reuniones de Giscard d'Estaing y de Schmidt con Brezhnev: «no podemos evitarlas aunque queramos, pero no queremos». Aunque hemos perdido en cierta medida el control sobre las acciones europeas, esto no significa que dichas acciones sean contrarias a nuestros intereses. La ampliación de los intereses europeos en Africa, continente con el que nosotros tenemos pocos nexos históricos, podría muy bien ser la respuesta a los avances soviéticos, cubanos y alemanes orientales en esta zona. Sin duda, el papel de la Comunidad fue positivo en la década anterior, en cuanto que alejó a Portugal del comunismo y lo acercó a la democracia y cooperó a la transición en España. En Turquía, amenazada por desórdenes de signo no comunista sino económico, la Comunidad puede desempeñar un papel importante, igual que en Chipre, Líbano, el norte de Africa y Yugoslavia. Y, nos guste o no, la influencia europea se deja sentir cada día con mayor intensidad en Centroamérica y Sudamérica.

Las iniciativas de la Comunidad en Oriente Medio, que despertaron comentarios hostiles del presidente Carter, se basan en la premisa de que los acuerdos de Camp David se veían amenazados por el olvido durante las elecciones presidenciales americanas y después de ellas. Según van apareciendo diferencias entre los intereses europeos y americanos en diferentes regiones, no sería mala idea que Europa desarrollara sus propias responsabilidades. El «reparto de tareas» de que hablan en la actualidad los europeos significa esencialmente que ambos asociados atlánticos tienen diferentes papeles que desempeñar en cada zona. Quizá Europa no quisiera comprometerse con la política americana en Vietnam, Afganistán o el oceano Indico, pero eso no quiere decir que no pueda desarrollar una actividad en otras zonas y hacerse cargo de parte de las responsabilidades defensivas americanas, que en la actualidad consumen un cuarto de nuestro presupuesto federal y el 5,5 por 100 de nuestro producto nacional bruto en tiempo

de paz; ninguno de nuestros aliados más importantes llega a estas cifras.

Al transferir Estados Unidos su atención de Europa a Oriente Medio y al Océano Indico, con programas nuevos, tales como las fuerzas de despliegue rápido (en las que se han invertido 9.000 millones de dólares), Europa ha comenzado a hacerse cargo de parte de nuestras responsabilidades defensivas. El aumento de la ayuda militar de Alemania Federal a Turquía y la expansión de sus actividades navales fuera de la zona del mar del Norte constituyen ejemplos de la ampliación de las actividades europeas en este campo. Los franceses han aumentado su presupuesto defensivo del 16 al 19 por 100 del presupuesto nacional en los últimos cinco años, a través de proyectos, tales como las fuerzas francesas de despliegue rápido, la ampliación de la flota submarina, el desarrollo balístico múltiple y las investigaciones acerca de la bomba de radiación aumentada y los misiles móviles y de crucero. La doctrina militar de Giscard d'Estaing de la *sanctuarisation élargie* significa simplemente que Francia aporta por primera vez su propia fuerza nuclear disuasoria a la defensa de sus aliados de la OTAN. Incluso Gran Bretaña, asediada por problemas económicos y sociales, se mantiene como el único miembro de la OTAN que dedica más del 5 por 100 de su producto nacional bruto a la defensa.

El que las sugerencias de autonomía defensiva europea pasen aún por herejías nos demuestra hasta qué punto América no comprende la evolución del Viejo Continente. El desafortunado término «auto-finlandización» aplicado al proceso de distanciamiento europeo de Estados Unidos fue sólo una demostración, como señala Christopher Bertram, de «la profunda incompreensión de la política europea» que caracterizaba a su autor. El salirse de una hegemonía no implica necesariamente caer en otra. Si algún significado conserva aún el término «finlandización» (que, como señala Max Jacobson, quizá no sea aplicable ni siquiera a Finlandia), es el de «subordinación» de los intereses nacionales a los deseos de Moscú. Es evidente que la política europea actual está centrada en los intereses nacionales, justamente lo opuesto de la finlandización. Ahora bien, la cuestión es ¿por qué esta política de nuestros aliados tiene que ir necesariamente en contra de nuestros intereses?

Si no es así, y eso es lo que sugieren los hechos, entonces en lugar de oponernos a ella deberíamos apoyarla. Lo que queremos evitar por encima de todo son situaciones en las que nuestra divergencia de intereses fuera de Europa o en relación con cuestiones económicas o monetarias debilite nuestros compromisos mutuos en relación con el mantenimiento de la paz en Europa. Aunque las diferencias con que nos encontramos hoy no se refieren directamente a los medios de consulta, hay fundadas razones para pensar que éstas se han hecho problemáticas y que nuestra forma de debatir los asuntos ya no se adapta a los tiempos que corren. Existen muchos foros de debate internacional: la OTAN, las cumbres económicas, la OCDE, el grupo de los diez, los cuatro de Berlín, etc., pero todos ellos son inadecuados. Lo que los aliados occidentales necesitan hoy en día quizá exista ya bajo la forma de las reuniones periódicas de representantes de Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Federal y Francia. Muchas veces, estas reuniones no se anuncian ni se informa de ellas, porque, como sabemos, el problema de las consultas internacionales no es con quién se consulta, sino con quién no. Es posible que este nuevo mecanismo se establezca sólidamente con la práctica sin proclamación oficial. Durante una no lejana sesión de las Naciones Unidas, los ministros de asuntos exteriores de las cuatro potencias occidentales se reunieron para evacuar una consulta sobre la crisis del Golfo y nadie protestó por ello.

¿No es esto un signo más de que el general De Gaulle iba realmente por delante de su tiempo? Al fin y al cabo, fue De Gaulle quien primero sugirió en 1958 que «se constituyera una organización integrada por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia para tratar de los problemas políticos y estratégicos mundiales». Estados Unidos declinó la invitación de De Gaulle en aquella época por dos razones principales: no queríamos que se dejara fuera a Alemania Federal y no queríamos que se dejara dentro a Francia y Gran Bretaña. Pero ninguna de estas dos reservas es aplicable hoy en día.*

* Ponencia presentada a la Conferencia Atlántica, celebrada en Alvor, Algarve (Portugal), en noviembre de 1980.